

los alistamientos de los que habian de servir; tanto que muchos se salieron de la ciudad, no sabiendo sufrir el ser mandados, y llamando esclavitud al no vivir á placer. Cuando se le anunció que el cónsul de los Romanos Levino movia contra él con grandes fuerzas, talando al paso la Lucania, todavía los aliados no habian parecido; y con todo, creyendo envilecerse con la detencion y con desentenderse de que tenia tan cerca los enemigos, salió con sus tropas, aunque enviando un mensajero á los Romanos proponiéndoles, que si gustaban, podrian antes de disputar con las armas obtener resarcimiento de perjuicios de los Italianos; siendo él el juez y mediador. Respondióle Levino que ni los Romanos le nombraban árbitro ni le temian enemigo, y adelantándose todavía mas, puso su campo en el terreno que mediaba entre las ciudades de Pandosia y Heraclea. Noticioso de que los Romanos se habian acercado mas, y que tenian su campo al otro lado del rio Siris, dirigiéndose á caballo hácia este, precisamente para observar, como viese su disposicion, sus guardias, el órden del campamento y todo el arreglo del ejército, quedándose sorprendido, dirigió la palabra á aquel de sus amigos que tenia mas próximo, diciéndole: Este campo de bárbaros, ó Megacles, no es bárbaro: veremos los hechos; y pensando ya en lo que podria suceder, determinó aguardar á los aliados. Por lo que los Romanos trataban de adelantarse y pasar, colocó junto al rio una guardia que los detuviese; mas estos por lo mismo que él determinó esperar quisieron adelantarse, é interrumpieron el paso, la infantería por un vado, y los de caballería haciendo el tránsito por diferentes puntos, de modo que los Griegos tuvieron que retirarse; y Pirro, sobresaltado con la noticia, dió órden á los gefes de la infantería para que al punto la formasen y se mantuviesen sobre las armas; y él mismo se adelantó con los de á caballo, que eran unos tres mil, esperando sorprender en el paso á los Romanos dispersos y desordenados. Cuando vió muchos escudos sobre el rio, y á la caballería que avanzaba en órden, se rehizo y acometió el primero, haciéndose notar por la brillantez y sobresaliente ornato de las armas, y mostrando en sus hechos un valor que no desdecia de su fama;

el que se echó mas de ver en que no obstante aventurar su cuerpo en el combate, y defenderse vigorosamente de los que le acometian, no le faltó la presencia de ánimo, ni dejó de estar en todo; sino que como si se conservara sereno fuera de accion, así dirigia la guerra, recorriéndolo todo y dando socorro á los que parecia que aflojaban. En esto un Macedonio llamado Leonato observando que un Italiano se dirigia contra Pirro, enderezando á él el caballo, y siguiendo siempre sus pasos y movimientos: ¡ Ves, le dijo, ó Rey, aquel bárbaro que viene en un caballo negro con cabos blancos? pues paréceme á mí que trae algun grande y dañoso designio, porque puso en tí la vista, y contra tí se dirige lleno de arrojo y de cólera, sin hacer cuenta de los demas; así guárdate de él; al que contestó Pirro: Es imposible, ó Leonato, que el hombre evite su hado; pero yo te aseguro que ni este ni ningun otro Italiano se irá riendo de haberlas conmigo. Cuando estaban en este razonamiento, echando el Italiano mano á la lanza y revolviendo el caballo, acometió á Pirro; y á un mismo tiempo hiere él con la lanza el caballo del Rey, y acudiendo Leonato le hiere el suyo: cayeron muertos ambos caballos; y sacando libre sus amigos á Pirro, dieron muerte al Italiano, aunque no dejó de defenderse. Era de origen Ferentano, gefe de escuadron, y se llamaba Oplaco.

Con esto aprendió Pirro á guardarse con mas cuidado; y viendo que ciaba la caballería mandó venir la hueste, y la puso en órden; y dando entonces su manto y sus armas á Megacles, uno de sus amigos, disfrazándose en cierta manera con las de este, acometió á los Romanos. Recibieron estos el choque y acometieron tambien, habiéndose mantenido la batalla indecisa por mucho tiempo, pues se dice que alternativamente se retiraron, y se persiguieron hasta siete veces; y el cambio de las armas que sirvió oportunamente para salvarse el Rey, estuvo en muy poco que no echase á perder sus ventajas, y le arrebatase la victoria. Porque cargando muchos sobre Megacles, el principal que le derribó y acabó con él, llamado Dexoo, quitándole el morrión y el manto, corrió hácia Levino mostrando aquellas prendas, y

gritando que habia muerto á Pirro. Causóse pues en ambos ejércitos con este motivo, en el de los Romanos regocijo con grande algazara, y en el de los Griegos desaliento y asombro; hasta que enterado Pirro de lo que pasaba, corrió las filas con la cara descubierta, alargando la mano á los que peleaban, y dándose á conocer con la voz. Finalmente acosando sobre todo á los Romanos los elefantes, porque los caballos antes de acercarse á ellos no podian tolerar su aspecto y derribaban á los ginetes, hizo Pirro avanzar á la caballería Tesaliana, y acabó de derrotarlos con gran mortandad. Dionisio refiere que de los Romanos murieron muy pocos menos de quince mil hombres, y Jerónimo que solo siete mil; y del ejército de Pirro Dionisio que trece mil, y Jerónimo que no llegaron á cuatro mil. Eran estos que allí perdió los mas aventajados entre sus amigos y caudillos, y de quienes Pirro hacia mas cuenta y se fiaba mas. Tomó tambien el campamento de los Romanos habiéndole estos abandonado; retrajo á muchas de las ciudades que les eran aliadas; taló gran parte del territorio, y se adelantó hasta no distar de Roma mas que trescientos estadios. Reuniéronse despues de la batalla muchos de los Lucanos y Samnites, y aunque los reprendió por su tardanza echó bien de ver que estaba contento y ufano de que con el auxilio de los Tarentinos venció un poderoso ejército de los Romanos.

No destituyeron los Romanos á Levino del mando, sin embargo de que es fama haber dicho Cayo Fabricio, que no habian sido los Epirotas los que habian vencido á los Romanos, sino Pirro á Levino, dando á entender que el vencido no habia sido el ejército, sino el general. Completaron pues las legiones y alistaron con prontitud nuevos soldados; y hablando de la guerra confiada y decididamente dejaron á Pirro sorprendido. Determinó por tanto enviar quien tantease si se hallaban con disposiciones de paz: haciendo la cuenta de que el tomar á Roma, y enseñorearse de ella del todo, no era negocio hacedero y menos para la fuerza con que se hallaba; y que la paz y los tratados despues de la victoria contribuirían en gran manera para su opinion y fama. Fue el embajador Cineas, quien procuró acercarse á los mas principales, lle-

vando regalos de parte del Rey para todos ellos y para sus mujeres. Mas nadie los recibió, sino que todos y todas respondieron que hechos los tratados con la autoridad pública, de los bienes de cada uno podria disponer el Rey á su voluntad, dándose en ello por servidos. Con el Senado usó Cineas de un lenguaje muy conciliador y humano; y sin embargo no se mostraron contentos, ni dieron señales de admitir las proposiciones, por mas que les dijo que Pirro volveria sin rescate los que habian sido hechos cautivos en la guerra y les ayudaria á sujetar la Italia, sin pedir por todo esto otra cosa que paz y amistad para sí, y seguridad para los Tarentinos. Habia manifiestos indicios de que los mas cedian y se inclinaban á la paz por haber sufrido ya una gran derrota, y temer otra de fuerzas mucho mayores, despues de incorporados con Pirro los Italianos. A esto Apio Claudio, varon muy distinguido, pero que por la vejez y la privacion de la vista se habia retirado del gobierno, como corriese la voz de las proposiciones hechas por el Rey, y prevaleciese la opinion de que el Senado iba á admitir la paz, no pudo sufrirlo en paciencia, sino que mandando á sus esclavos que tomándole en brazos le pudiesen en la litera; de este modo se hizo llevar al Senado pasando por la plaza. Cuando estuvo á la puerta recibieronle y cercáronle sus hijos y sus ternos y le entraron adentro, quedando el Senado en silencio por veneracion y respeto á persona de tanta autoridad.

Habiendo ocupado su lugar: « Antes, dijo, me era molesto, ó Romanos, el infortunio de haber perdido la vista; pero ahora me es sensible como soy ciego no ser tambien sordo, para no oir vuestras vergonzosos decretos y resoluciones, con que echais por tierra la gloria de Roma. Porque ¿dónde está ahora aquella expresion vuestra, celebrada siempre en la memoria de todos los hombres, de que si hubiera venido á Italia el mismo Alejandro el Grande, y hubiera entrado en lid con vosotros, todavía jóvenes, ó con vuestros padres que estaban en lo fuerte de la edad, no se le apellidaria ahora invicto, sino que con la fuga ó con la muerte habria dado á Roma mayor fama? Estais dando pruebas de que aquello no fue mas que una vana jactancia y fanfarrona-

da, temiendo á los Caonios y Molosos, presa siempre de los Macedonios; y temblando de Pirro que nunca ha hecho otra cosa que seguir y obsequiar á uno de los satélites de Alejandro, y en vez de auxiliar allá á los Griegos, por huir de aquellos enemigos, anda errante por la Italia, prometiéndonos el mando de ella con unas fuerzas que no bastaron en sus manos para conservar una pequeña parte de la Macedonia. Ni creais que lo alejareis haciéndole vuestro aliado, sino que antes provocareis á los que os miraran con desprecio, como fácil conquista de cualquiera, si permitis que Pirro se vaya sin pagar la pena de los insultos que os ha hecho; y antes lleve premio de que se pueden riendo de vosotros los Tarentinos y Samnites. » Dicho esto por Apio decidense todos por la guerra, y despiden á Cineas, intimándole que salga Pirro de la Italia; y entonces, si lo apetece, podrá tratarse de amistad y alianza; pero que mientras se mantenga con las armas en la mano le harán los Romanos la guerra á todo trance, aun cuando venciere á diez mil Levinos en campaña. Dícese que Cineas mientras estaba en la negociacion dando pasos y haciendo solicitudes, se dió á conservar el método de vida, y á conocer el vigor del gobierno entrando en conferencias con los principales; de todo lo que dió cuenta á Pirro; y que le añadió que el Senado le habia dado un consejo de muchos Reyes; y en cuanto á la mucha sombra temia que iban á pelear con otra hidra Lernea, que el número de soldados reunidos al cónsul era ya doble que antes, y este podía multiplicarse muchas veces con los que todavía quedaban en Roma capaces de llevar las armas.

Despues de esto enviáronse legados á Pirro á tratar de los cautivos, siendo uno de aquellos Cayo Fabricio, de quien Cineas habia hecho larga mención, como de un hombre justo y gran guerrero, pero sumamente pobre. Tratóle Pirro con la mayor consideracion, y procuró atraerle á que tomase una cantidad de oro, la que no se le daba por ninguna condescendencia menos honesta, sino con el nombre de prenda de alianza y hospitalidad. Rehúsola Fabricio, y Pirro por entonces se desentendió; mas al dia siguiente, queriendo dar un susto á Fabricio, que no habia visto nunca un elefante,

dió órden de que cuando estuvieran los dos en conversacion hicieran que de repente se apareciera por la espalda el mayor de ellos, corriendo la cortina. Hizose así, y dada la señal, se corrió la cortina; y el elefante, levantando la trompa, la llevó encima de la cabeza de Fabricio, dando una especie de alarido agudo y terrible. Volvióse este con sosiego, y sonriéndose, dijo á Pirro: Ni ayer me movió tu oro, ni hoy tu elefante. Hablóse en el banquete de diferentes asuntos, y con especialidad de la Grecia y de los filósofos; y Cineas sacó la conversacion de Epicuro, refiriendo lo que dicen los de su escuela acerca de los Dioses, del gobierno y del fin supremo, poniendo este en el placer, huyendo de los empleos como de un menoscabo y alteracion de la bienaventuranza, y colocando á los Dioses lejos de todo amor y odio, y de providencia alguna por nosotros, en una vida descansada y llena de delicias. Todavía no habia concluido, cuando exclamó Fabricio: ¡Por Júpiter, estas sean las opiniones de Pirro y de los Samnites, mientras mantienen guerra con nosotros! Maravillado cada vez mas Pirro de la prudencia y de la probidad de Fabricio, fue tambien mayor su deseo de hacer por su medio amistad con Roma en lugar de continuar la guerra: exhortábase pues en sus particulares conferencias á que se hiciera el tratado, y despues le siguiese y viviese en su compañía, en la que tendria el primer lugar entre sus amigos y generales; á lo que se dice haberle contestado sonriéndose: Pues eso, ó Rey, á tí no puede estarte bien; porque los mismos que ahora te veneran y sirven, si llegaran á conocerme, querrian mas ser por mí que por tí gobernados: ¡tal era el carácter de Fabricio! Pues Pirro oyó esta respuesta no como tirano, con enojo, sino que dió idea á sus amigos de la elevacion de ánimo de Fabricio, y á él solo le confió los cautivos, para que si el Senado no decretaba la paz, despues de haber saludado á sus deudos, y celebrado las fiestas saturnales, volviesen otra vez al cautiverio; y volvieron efectivamente despues de la celebridad, habiendo establecido el Senado la pena de muerte contra el que se quedase.

Fue conferido despues el mando á Fabricio, y vino en su busca un hombre al campamento, trayéndole una carta es-

crita por el médico del Rey, en la que le ofrecia quitar de en medio á Pirro con yerbas, si por el mérito de hacer cesar la guerra sin peligro alguno se le prometia un agradecimiento correspondiente. No pudo Fabricio sufrir semejante maldad, y haciendo entrar en los mismos sentimientos á su colega, escribió sin delacion una carta á Pirro, previniéndole que se guardara de aquel riesgo. Estaba la carta concebida en estos términos: «Cayo Fabricio y Quinto Emilio, cónsules de los Romanos, al Rey Pirro felicidad. Parece que no eres muy diestro en juzgar de los amigos, y de los enemigos. Leida la carta adjunta que se nos ha remitido, verás que haces la guerra á hombres rectos y justos, y que te fias de inicuos y malvados. Dámoste este aviso, no por hacerte favor, sino para que cualquiera mal suceso tuyo no nos ocasione una calumnia; y parezca que tratamos de dar fin á la guerra con malas artes, ya que no podemos con el valor.» Cuando Pirro se halló con esta carta, y se enteró de las asechanzas, castigo al médico, y en agradecimiento envió á Fabricio los cautivos sin rescate; haciendo de nuevo pasar á Cineas á negociar la paz. Mas los Romanos, desdeñándose de recibir de gracia los cautivos, bien fuese la remesa favor de un enemigo, ó recompensa de no haber sido injustos, enviaron asimismo á Pirro otros tantos Tarentinos y Samnites; pero acerca de la amistad y paz no permitieron que se entrase en conferencia, sin que antes retirase de la Italia sus armas y su ejército; tornándose al Epiro en las mismas naves en que vino. Fue pues preciso disponerse á otra batalla; para lo que poniendo en movimiento su ejército, y alcanzando á los Romanos junto á la ciudad de Asculo, fue de estos impelido á lugares inaccesibles á la caballería, y á un sitio muy pendiente y poblado de matorrales, que quitaba toda facilidad para que los elefantes se unieran con la hueste; y habiendo tenido muchos muertos y heridos, solo la noche puso fin al combate. Pensó entonces como al dia siguiente haria la guerra en lugar llano, en el que los elefantes pudieran oponerse á los enemigos; y como para ello ocupase con una gran guardia los malos pasos, y colocase entre los elefantes multitud de az-

coneros y saeteros, acometió con gran ímpetu y fuerza, llevando su hueste muy espesa y apiñada. Los Romanos, no siendo dueños como antes de los desfiladeros y puestos ventajosos, acometieron tambien de frente en la llanura; y procurando rechazar á los pesadamente armados antes que sobreviniesen los elefantes, tuvieron con las espadas un terrible combate contra las lanzas, no curando de sí en ninguna manera, ni atendiendo á otra cosa que á herir y trastornar, sin tener en nada lo que padecian. Al cabo de mucho tiempo dicese que la retirada tuvo principio en el punto donde se hallaba Pirro, que acosó extraordinariamente á los que tenia al frente; mas el principal daño provino del ímpetu y fuerza de los elefantes, no pudiendo los Romanos usar de su valor en la batalla; por lo cual, como si una ola ó un terremoto los estrechase, creyeron que debian ceder, y no esperar á morir con las manos ociosas, padeciendo, sin poder ser de ningun provecho, los males mas terribles. Y sin embargo de no haber sido larga la retirada al campamento, dice Jerónimo que murieron seis mil de los Romanos, y de la parte de Pirro se refirió en sus comentarios haber muerto tres mil quinientos y cinco; pero Dionisio ni dice que hubiese habido dos batallas junto á Asculo, ni que ciertamente hubiesen sido vencidos los Romanos; solo que habiendo peleado una sola vez, apenas cesaron de combatir despues de puesto el sol, siendo Pirro herido en el brazo con un golpe de lanza, y habiendo los Samnites saqueado su bagaje; y que del ejército de Pirro y de los Romanos murieron sobre quince mil hombres de una y otra parte. Ambos se retiraron; y se cuenta haber dicho Pirro á uno que le daba el parabien: Si vencemos todavía á los Romanos en una sola batalla, perecemos sin recurso. Porque habia perdido gran parte de la tropa que trajo; y de los amigos y caudillos todos, á excepcion de muy pocos, no siéndole posible reemplazarlos con otros, y á los aliados que allí tenia los notaba muy tibios; cuando los Romanos completaban con facilidad y prontitud su ejército, como si en casa tuvieran una fuente perene; y nunca con las derrotas perdian la confianza, sino que mas bien la cólera les daba nuevo vigor y empeño para la guerra.

Constituido en este conflicto, se entregó otra vez á vanas esperanzas por negocios que llamaban á dos distintas partes la atención : porque á un mismo tiempo llegaron mensajeros de Sicilia, poniendo en sus manos á Agrigento, Siracusa y Leoncio, con calidad de que expeliese á los Cartagineses, y dejara la isla libre de tiranos; y de la Grecia le trajeron la noticia de que Tolomeo Querauno (1) habia muerto en ocasion de librar batalla á los Galos con su ejército : así que llegaria entonces muy á tiempo, cuando los Macedonios habian quedado sin Rey. Quejóse amargamente de la fortuna por haber acumulado en un mismo momento las ocasiones y motivos de grandes hazañas; y reconociendo que reunidos ambos objetos era preciso renunciar á uno, estuvo fluctuando en la incertidumbre largo tiempo; pero después, pareciéndole que los negocios de Sicilia eran los de mayor entidad, presentándose cerca el Africa, decidido por ellos, envió inmediatamente á Cineas, como lo tenia de costumbre, para que previniese á las ciudades; y por lo que á él tocaba, como los Tarentinos se mostrasen disgustados, les puso guarnicion. Pedíanle estos que ó les cumpliera aquello para que era venido combatiendo con los Romanos, ó se desistiera de su territorio, dejándoles la ciudad como la habia encontrado; mas la respuesta fue desabrida, y mandándoles que se estuviesen quietos, les esperaran que les llegara su momento favorable, en tanto se hizo á la vela. Apenas tocó en la Sicilia, cuando previno de gusto lo que habia esperado, entregándosele las ciudades de muy buena voluntad. Y por entonces ninguna oposicion experimentó de las que exigen contienda y violencia; sino que recorriendo la isla con treinta mil infantes, dos mil y quinientos caballos, y doscientos naves, expelió á los Cartagineses, y trastornó su dominacion. Siendo el distrito de Erix el mas fuerte de todos, y el que contenia mas combatientes, determinó encerrarlos dentro de los muros; y poniendo el ejército á punto, armado de todas armas emprendió su marcha, ofreciendo á Hércules tener juegos y sacrificios de victoria ante los Griegos que habitaban la Sicilia, si le hacia comparecer un

(1) Quiere decir el rayo.

guerrero digno de su linaje, y de los medios que tenia. Dada la señal con la trompeta despues que con los dardos hubo retirado á los bárbaros, hizo arrimar las escalas, y fue el primero en subir al muro. Eran muchos los que le oponian resistencia; pero á unos los apartó y derribó de la muralla á entrambas partes, y de muchos, valiéndose de la espada, hizo un monton de muertos. No recibió sin embargo lesion alguna, y antes con su vista infundió terror á los enemigos, acreditando que Homero habia hablado en razon y con experiencia cuando dijo, que de todas las virtudes sola la fortaleza tenia muchas veces ímpetus furiosos, y en cierta manera sobrenaturales. Tomada la ciudad sacrificó al Dios magníficamente, y dió espectáculos de toda especie de combates.

Los bárbaros de Mesena, á los que se daba el nombre de Mamertinos, vejaban en gran manera á los Griegos, y aun á algunos los habian sujetado á pagarles tributos, por ser ellos muchos y gente belicosa, apellidados por tanto los marciales en lengua latina: cogió pues á los recaudadores y les dió muerte; y venciéndolos á ellos en batalla, asoló muchas de sus fortalezas. A los Cartagineses, que se mostraban inclinados á la paz, estando dispuestos á contribuir con dinero, y despachar la escuadra si se ajustaba la alianza, les respondió, codiciando todas las mas, que no habia amistad y alianza para ellos, sino que ocupaban toda la Sicilia, y ponian el mar Líbico por término respecto de los Griegos: engreido para ello con la prosperidad y curso favorable de sus negocios, y llevando adelante las esperanzas con que se embarcó desde el principio, puesto principalmente en la Africa su deseo. Hallábase con bastante número de naves, faltándole las tripulaciones; mas despues que se proveyó de remeros, ya no trataba blanda y suavemente á las ciudades, sino con despotismo y con dureza, imponiendo castigos; cuando al principio no habia sido así, sino mas dispuesto todavía que todos los demas á la afabilidad, y á hacer favores; á mostrar confianza, y á no ser molesto á nadie; pero entonces, habiéndose convertido de popular en tirano, con la aspereza de la ingratitud y de la desconfianza, oscureció

su gloria. Y aun esto, como necesario, lo aguantaban, aunque de mala gana; pero sucedió despues que habiendo sido Tenon y Sostrato, generales de Siracusa, los primeros que le excitaron á pasar á Sicilia; los que cuando estuvo allí le entregaron la ciudad, y de quienes se valió para la mayor parte de las cosas, los tuvo despues por sopechosos, no queriendo ni llevarlos consigo ni dejarlos; por lo cual Sostrato, entrando en rezelos y temores, se ausentó; pero á Tenon, achacándole igual intento, le quitó la vida. Con esto, no ya poco á poco ó por grados, se le mudaron los ánimos; sino que concibiendo contra él las ciudades un violento odio, unas se pasaron á los Cartagineses, y otras llamaron á los Mamertinos. Cuando por todas partes no veia mas que defecciones, novedades y una terrible sedicion contra su persona, recibió cartas de los Samnites y Tarentinos, en que manifestaban que apenas podian sostener la guerra dentro de las ciudades, arrojados ya de todo el pais, y le pedian que fuese en su socorro. Este fue un pretexto decente para que no se dijese que su partida era una fuga, ó un abandono de sus anteriores proyectos; mas lo cierto fue que no pudiendo sujetar la Sicilia como nave en borrasca, buscando como salir del paso, dió consigo de nuevo en la Italia. Dicese que retirado ya del punto, volviéndose á mirar la isla, dijo á los que tenia cerca de sí: ¡Qué palestra dejamos, ó amigos, á los Cartagineses y Romanos! lo que al cabo de poco tiempo se cumplió, como lo habia conjeturado.

Conmovidos contra él los bárbaros cuando ya estaba en la mar, peleando en la travesía con los Cartagineses perdió muchas de las naves, y con las restantes huyó á la Italia. Los Mamertinos le antecieron en el pazo con diez mil hombres á lo menos, y aunque temieron presentársele en batalla, colocados en sitios ásperos, y sorprendiéndole desde ellos, desordenaron todo el ejército, le mataron dos elefantes, y murieron muchos de la retaguardia. Pasando él allá desde la vanguardia, les hizo oposicion, y peleó con aquellos hombres aguerridos y corajudos. Como hubiese recibido una cuchillada en la cabeza, y hubiese quedado un poco separado del combate, cobraron con esto mas arrojo los enemigos; y

uno de ellos de grande estatura y brillantes armas, adelantándose á carrera á los demas, en alta voz comenzó á provocarle diciéndole que viniera á él si aun estaba vivo. Irritóse Pirro, y revolviendo con sus asistentes lleno de ira bañado en sangre, con un semblante que imponia miedo, penetró por entre los que halló al paso, y se adelantó á herir con la espada al bárbaro en la cabeza, dándole tal cuchillada que ya por la fuerza del brazo y ya por el temple del acero descendió bien abajo, viéndose caer en un momento á uno y otro lado las partes del cuerpo dividido en dos. Esto detuvo á los bárbaros para que volvieran á acercársele asombrados de Pirro, á quien miraron como un ser superior. Pudo con esto continuar sin tropiezo el camino que le quedaba, y llegó á Tarento con diez mil infantes y tres mil caballos. Incorporó con estos los mas alentados de los Tarentinos, y movió inmediatamente contra los Romanos, acampados en la Samnitude ó tierra de Samnio.

Hallábanse en mal estado los negocios de los Samnites; y estos habian decaido mucho de animo por las frecuentes derrotas que les habian causado los Romanos; á lo que se agregaba cierto encono que tenian á Pirro por su viaje á Sicilia; así es que no fueron muchos los que á él acudieron. Hizo de todos dos divisiones, enviando unos á la Lucania á oponerse al otro cónsul para que no diese socorro; y conduciendo él mismo á los otros contra Manio Curio acuartelado en Benevento, donde con la mayor confianza aguardaba el auxilio de la Lucania: concurriendo además para estarse sosegado el que los agüeros y las victorias le retraian de pelear. Apresurándose por tanto Pirro á caer sobre estos antes que los otros viniesen, tomó consigo á los soldados de mas aliento y de los elefantes los mas hechos á la guerra, y de noche se dirigió contra el campamento. Habiendo tenido que andar un camino largo y embarazado con arbustos, no aguantaron las luces, y anduvieron perdidos, y dispersos los soldados; con la cual detencion faltó ya la noche, y desde el amanecer percibieron los enemigos su venida desde las atalayas; de manera que desde aquel punto se pusieron en inquietud y movimiento. Hizo sacrificio Manio; y como tambien el tiem-

po se presentase oportuno, saliendo con sus tropas, acometió á los primeros, y haciéndolos retirar, inspiró ya miedo á todos, habiendo muerto muchos y aun habiéndose cogido algunos elefantes. La misma victoria condujo á Manio á tener que pelear en la llanura; y trabada allí de poder á poder la batalla, por una parte desbarató á los enemigos; pero por otra fue acosado de los elefantes, y como le llevasen en retirada hasta cerca del campamento, llamó á los de la guardia que en gran número estaban sobre las armas y se hallaban descansados. Acudiendo estos é hiriendo desde puestos ventajosos á los elefantes, los hicieron retirar, y dando á huir por entre los propios, causaron gran turbacion y desorden; lo cual no solamente dió á los Romanos aquella victoria, sino la seguridad del mando. Porque habiendo adquirido de resultados de aquel valor y de aquellos combates, osadía, poder y la fama de invencibles, de la Italia se apoderaron inmediatamente, y de la Sicilia de allí á poco.

De este modo se le desvanecieron á Pirro las esperanzas que acerca de la Italia y la Sicilia habia concebido perdiendo seis años en estas expediciones; en las que si en los intereses salió menoscabado, el valor lo conservó invencible en medio de las derrotas. Así tuvo la reputacion de ser el primero entre los Reyes de su tiempo en la pericia militar, en la pujanza de brazo, en la audacia; sino que lo que adquiria con sus hazañas, lo perdía en nuevas esperanzas, y no sabia salvar lo presente segun convenia por la codicia de lo ausente y venidero. Por tanto Antígono no solia compararle á un jugador que juega y gana mucho, pero que no sabe sacar partido de sus ganancias. Volviendo pues al Epiro con ocho mil infantes y quinientos caballos, y hallándose falto de medios, solicitaba una guerra en que ocupase su ejército; y como se le uniesen algunos Galos, hizo incursion en la Macedonia, reinando Antígono hijo de Demetrio, precisamente con el objeto de saquear y hacer botin. Avinole el tomar varias ciudades, y que se le pasasen dos mil soldados; con lo que ya extendió sus esperanzas y se encaminó contra Antígono. Sobrecojió en unos desfiladeros, y puso en desorden todo su ejército. Los Galos que se hallaban á la retaguardia de Anti-

gono muchos en número se sostuvieron vigorosamente; y trabada con este motivo una reñida batalla, perecieron en ella la mayor parte de estos; y cogidos los que conducian los elefantes, se rindieron á ellos mismos y entregaron todas aquellas bestias. Fortalecido Pirro con estos sucesos, contando mas con su fortuna que con lo que podia dictar la razon, acometió á la falange de los Macedonios, turbada y acobardada con el vencimiento: así es que no pelearon contra él ni le hicieron resistencia: extendió pues su derecha, y llamando por sus nombres á todos los generales y gefes, logró que la infantería abandonase á Antígono. Retiróse este por la parte del mar y al paso recobró algunas de las ciudades litorales; y Pirro, teniendo por el mayor para su gloria en estos prósperos acontecimientos el de haber vencido á los Galos, consagró lo mas brillante y precioso de los despojos en el templo de Minerva Itónide con la siguiente inscripcion en versos elegiacos:

A Itónide Minerva en don consagra
Estos escudos el Moloso Pirro,
A los feroces Galos arrancados
Cuando triunfó de Antígono y su hueste.
¿Qué hay que maravillar ahora y antes
Los Eacidas fueron invencibles?

Despues de la batalla inmediatamente recobró las ciudades; y habiendo vencido á los Egeos, los trató mal en diferentes maneras, y ademas les dejó guarnicion de los Galos que militaban en su ejército. Son estos Galos gente de insaciable codicia, y se dieron á abrir los sepulcros de los Reyes que allí estaban enterrados, robaron la riqueza en ellos depositada: y los huesos las tiraron con insulto. Pareció que Pirro habia tomado este mal hecho con tibieza y desprecio, bien fuese que no atendió á él por sus ocupaciones, ó bien que hubo de disimular por no atreverse á castigar á los bárbaros: cosa que reprendieron mucho en él los Macedonios; y cuando todavía su imperio no estaba seguro ni habia tomado firme consistencia, ya su ánimo se habia inflamado con otras esperanzas. A Antígono le llamaba hombre sin vergüenza, porque debiendo ya tomar la capa, aun usaba la púrpura.

Vino á él en este tiempo Cleonumo de Esparta, y llamándole contra la Lacedemonia, se presentó muy contento. Era Cleonumo de linaje real; pero mostrándose hombre violento y despótico no inspiró amor ni confianza; y así fue Areo el que reinó, siendo aquella nota en el muy antigua y pública entre sus ciudadanos. Estando en edad se casó con Quelidonis la de Leotuquidas, mujer hermosa, y tambien de regio origen; pero esta andaba perdida por Acrotato hijo de Areo, mozo de brillante figura, lo que para Cleonumo que la amaba, hizo aquel matrimonio desabrido á un tiempo y afrentoso, por cuanto no habia Esparciata alguno á quien se ocultase que era despreciado de su mujer. Reuniéronse de este modo los disgustos de casa con los de la república: por ira y por desquite atrajo contra Esparta á Pirro, que tenia á sus órdenes veinticinco mil infantes, dos mil caballos y veintitres elefantes; de manera que al punto se echó de ver en la superioridad de sus fuerzas que no iba á ganar á Esparta para Cleonumo, sino á adquirir para sí el Peloponeso; sin embargo de que en las palabras aparentó otra cosa, aun con los mismos Lacedemonios que fueron á él de embajadores á Megalópolis. Porque les dijo ser su venida á libertar las ciudades sujetas á Antígono; y tambien á enviar á Esparta sus hijos de corta edad, si no habia inconveniente, á fin de que educados en las costumbres lacónicas, tuvieran aquello de ventaja sobre los demas Reinos. Engañándolos de este modo, y usando tambien de simulacion con cuantos trató en el camino, apenas puso el pie en Laconia empezó en saquearlos y despojarlos. Reconvinieron los embajadores con que para entrar así en su pais no habia denunciado la guerra: Bien sabemos, les respondió, que tampoco vosotros los Lacedemonios avisais á los otros de lo que intentais hacer; y uno de los que allí se hallaban, llamado Mandriquida, usando del dialecto lacónico, le repuso: Si eres un Dios, no nos harás mal, porque no te hemos ofendido: si hombre, no faltará otro que valga mas que tú.

Bajó luego á Esparta, y Cleonumo queria que la invadiera sin detencion; pero Pirro, temeroso, segun se dice, de que los soldados saqueasen la ciudad si entraban de noche, le con-

tuvo diciendo que ya se haria al dia siguiente; porque ellos eran pocos, y los cogian desprevenidos á causa de la prontitud. Hacia ademas la casualidad que Areo no se hallase allí sino en Creta auxiliando á los Gortinios que tenian guerra; y esto fue lo que principalmente salvó á la ciudad mirada con desprecio por su soledad y flaqueza: pues Pirro, persuadido de que no tendria que combatir con nadie, se acampó, cuando los amigos é hilotes de Cleonumo tenian la casa prevenida y despues para que Pirro fuese festejado en ella. Mas venida la noche, como los Lacedemonios empezasen á deliberar sobre mandar las mujeres á Creta, estas se opusieron á ello, y aun Arquidamia se presentó ante el Senado con una espada en la mano, haciendo cargo á los hombres de que creyesen que ellas desearian vivir despues de perdida Esparta. Resolvieron despues abrir una zanja paralela al campamento de los enemigos, y poner carros á uno y otro extremo enterrando las ruedas hasta los cubos, para que teniendo un asiento firme sirvieran de estorbo á los elefantes. Cuando en esto entendian llegaron adonde estaban las doncellas y casadas las unas con los mantos arremangados sobre las túnicas, y las otras con las túnicas solas á ayudar en la obra á los ancianos. A los que habian de belear les decian que descansasen, y tomando la plantilla, hicieron por sí solas la tercera parte de la zanja, la cual tenia de ancho seis codos, de profundidad cuatro, y de longitud ocho pletros ó yugadas, segun dice Filarco, y menos segun Platonimo. Movieron al mismo punto de amanecer los enemigos, y ellas, alargando á los jóvenes las armas y encargándoles la zanja, los exhortaban á defenderla y guardarla, porque si era dulce el vencer ante los ojos de la patria, tambien era glorioso el morir en los brazos de las madres y de las esposas, pereciendo de un modo digno de Esparta. Quelidonis, retirada en su casa, se habia echado un lazo al cuello, para no venir al poder de Cleonumo, si Esparta se tomaba.

Era Pirro atraido de frente con su infanteria á los espesos escudos de los Esparciatas que le estaban contrapuestos, y á la zanja que no podia pasarse, ni permitia hacer pie firme por el lodo. Mas su hijo Tolomeo, que tenia á sus órdenes

dos mil Galos y las tropas escogidas de los Caonios, haciendo una evolucion sobre la zanja, procuraba pasar por encima de los carros; pero estos por estar profundos y muy espesos no solamente le hacian difícil á él el paso, sino tambien á los Lacedemonios la defensa. En esto como consiguiesen los Galos levantar las ruedas, y amontonar los carros en el rio, advirtiendo el jóven Acrotato el peligro, y corriendo la ciudad con trescientos hombres, envolvió á Tolomeo sin ser de él visto por ciertas desigualdades del terreno, hasta que acometió á los últimos, y los precisó á que volviesen á pelear con él, impeliéndose unos á otros, y cayendo en la zanja y entre los carros; de manera que con trabajo y no sin gran mortandad pudieron retirarse. Los ancianos y gran número de las mujeres fueron espectadores de las proezas de Acrotato; así cuando despues volvía por medio de la ciudad á tomar su formacion, bañado en sangre, pero ufano, y engreido en la victoria, todavía les pareció mas alto y mas bello á las Espartanas que miraban con zelos el amor de Quelidonis; y algunos de los ancianos le seguian gritando: ¡Bravo Acrotato! sigue en tus amores con Quelidonis, solo con que des excelentes hijos á Esparta. Siendo muy reñida la batalla que se sostenia por la parte donde se hallaba Pirro, otros muchos habian que peleaban denodadamente; pero Filio, resistiendo mucho tiempo y dando la muerte á muchos de los que le combatian, cuando por el gran número de sus heridas conoció que iba á fallecer, cediendo su puesto á uno de los que tenia cerca, cayó entre sus filas para que no se apoderaran de su cadáver los enemigos.

Solo con la noche cesó la batalla, y recogido á dormir Pirro, tuvo esta vision: parecióle que arrojaba rayos sobre Esparta abrasándola toda, y que él estaba muy contento. Despertóse con la misma alegría y dando orden á los gefes para que tuviesen á punto el ejército, referia á los amigos su ensueño, contando con que iba á tomar por armas la ciudad. Convenian todos los demas en ello, y solo á Lisimaco no le pareció bien aquella vision; antes le dijo que rezelaba no fuese que así como los lugares tocados del rayo se tienen por inaccesibles, de la misma manera le significase aquel

prodigio que no lo seria dado entrar en la ciudad. Mas respondióle que aquello era habladuría de mentidero sin certeza ni seguridad alguna, debiendo repetir los que tenian las armas en la mano:

El agüero mejor pelear por Pirro;

con lo que se levantó, y al rayar el dia movió el ejército. Defendianse los Lacedemonios con un ardor y fortaleza superior á su número á presencia de las mujeres, que alargaban dardos, comestibles y bebida á los que lo pedian, y cuidaban de retirar los heridos. Intentaron los Macedonios cegar la zanja, trayendo para ello mucha fagina, con la que cubrieron las armas y los cadáveres que allí habian caido; y acudiendo al punto los Lacedemonios, se vió al otro lado de la zanja y los carros á Pirro á caballo, que con el mayor ímpetu se dirigia á tomar la ciudad. Levantóse en esto gran gritería de los que se hallaban en aquel punto con carreras y lamentos de las mujeres; y cuando ya Pirro iba adelante, abriéndose paso por entre los que tenia al frente, herido con una saeta cretense su caballo, cayó de pechos y con las ansias de la muerte, derribó á Pirro en un sitio resbaladizo y pendiente. Como con este suceso se turbasen sus amigos, acudieron corriendo los Espartanas, y tirándoles dardos, les hicieron huir á todos. A este tiempo hizo Pirro que por todas partes cesase el combate pensando que los Lacedemonios decaerian de brios, habiéndose casi todos heridos, y habiendo muerto muchos. Pero el buen genio de esta ciudad, bien fuese que se hubiese propuesto poner á prueba la fortaleza de aquellos varones, ó bien que hubiese querido hacer en aquel apuro demostracion de la grandeza de su poder cuando estaban en el peor estado las esperanzas de los Lacedemonios, hizo que de Corinto llegase en su auxilio con tropas extranjeras Aminias, natural de Focea, uno de los generales de Antigonó; y aun no bien se habia hecho el recibimiento de estos cuando arribó de Creta el Rey Areo trayendo consigo dos mil hombres. Con esto las mujeres se retiraron á sus casas sin volver á mezclarse en las cosas de la guerra; y los hombres, haciendo que dejaran las armas los que por